

LA CRISIS DE LA IGLESIA

(y 2)

por Jacques Nobecourt

El artículo de Jacques Nobecourt que hoy publicamos viene a completar el informe que iniciamos la pasada semana con el trabajo firmado por Henri Fesquet. El famoso cronista de «Le Monde» desarrolla dos puntos. El primero se refiere al malentendido que existe sobre Pablo VI, y al que han colaborado a partes iguales «tradicionalistas» y «progresistas». El segundo punto es el desgarramiento, la incesante dialéctica de la que son protagonistas y víctimas los católicos; hoy, tres años después de que remitieran las incesantes marejadas de obispos, peritos y periodistas y quedara limpio de nuevo el paisaje de piedra de San Pedro de Roma.

PUNTO de convergencia de las quejas, diana de las impugnaciones, Roma equilibra unas con otras. El episodio del «affaire Schillebeeckx» ha señalado la línea divisoria de los asaltantes: los «tradicionalistas» han protestado contra lo que calificaban como carencia de autoridad de la Santa Sede, es decir, la ausencia de proceso y de condena. Los «progresistas» han protestado contra el ejercicio de esa misma autoridad, juzgando anacrónico y retorcido el procedimiento de investigación.

Entre ambos clanes, los reflejos comunes prevalecen sobre las diferencias que reinvidican. Cuando, desde hace algunos meses, los primeros se ponen a proclamar su veneración por el Papa y los segundos su decepción, no se trata más que de un banal trastocamiento de métodos. Las motivaciones son similares.

Porque, desde siempre, pero sobre todo desde que terminó el Concilio, se han escrito los actos del «drama de Pablo VI» en versiones tan múltiples como las de una canción de gesta.

Inspiradas por un idéntico movimiento pasional, esbozadas partiendo de indicios sin

valor y de semiconfidencias de mil testigos, todas estas imágenes tienen la misma finalidad: mostrar que el Papa «ha evolucionado», hacia la izquierda o hacia la derecha, hacia el comunismo o hacia el integrista, hacia Helder Cámara o hacia Ottaviani.

Por otro lado, el personaje está deformado. «Tradicionalistas» y «progresistas» han preservado siempre, para su consuelo, uno de los rostros del Papa, una «mitad» del Santo Padre, si se puede decir, digna de tantas más alabanzas por haberles permanecido fieles, cuantas condenas merecía la segunda por haberse pasado «a los otros». Los primeros celebran la «profesión de fe» de Pablo VI, pese a que ha «traicionado» al latín; los segundos apoyan su preocupación por el «diálogo con el mundo», pero protestan por la «Humanæ Vitæ».

Si Pablo VI ha «evolucionado» será, en todo caso, en comparación a lo que era y decía al comienzo de su pontificado. Para medir objetivamente esta evolución, no hay más referencia que los documentos en los que el propio Papa ha expuesto su criterio, su doctrina, su interpretación del Concilio, y en los que ha defi-

nido los datos de la coherencia de su pensamiento y la unidad de su personaje.

LÍNEA DE PENSAMIENTO CONTINUA

Esos textos abundan. Desde su designación, el 22 de junio de 1963, el Papa se ha expresado abundantemente. Es de notoriedad pública que ha escrito personalmente la encíclica «Ecclesiam suam», así como las alocuciones en las audiencias generales de los miércoles. Más que en los grandes documentos solemnes, en ellas se halla la «verdad» de Pablo VI, libre del maquillaje de toda literatura académica.

La mina por la que corren los filones, desarrollados cada miércoles, es «Ecclesiam suam», encíclica del diálogo con el mundo, pero, a su vez, en su primera parte, exposición de las grandes líneas de reforma de la Iglesia.

¿Qué decía Pablo VI en agosto de 1964?

— Que la Iglesia estaba amenazada «por el fenómeno modernista (...), episodio de opresión ejercido por las tendencias psicológico-culturales, propias del mundo profano, sobre la expresión fiel y pura de la doctrina y de la regla de la Iglesia de Cristo».

— Que no había que «entusiasmarse con una renovación que reorganizase la Iglesia por vía carismática, como si una Iglesia verdadera y nueva pudiera nacer de las concepciones particulares, generosas sin duda y a veces subjetivamente persuadidas de que proceden de una inspiración divina, pero que llevarían a introducir en el plan de la Iglesia sueños sin fundamento acerca de una renovación fantasista».

— Que la Iglesia hallaría «una renovada juventud, menos merced a un cambio en el

aparato externo de sus leyes que gracias a una actitud tomada en el interior de las almas».

— Que el diálogo entre los miembros de la Iglesia «no suprime el ejercicio de la virtud de obediencia allí donde el ejercicio de la función propia de la autoridad, por una parte, y de la sumisión, por otra, viene reclamado, sea por el orden conveniente a toda sociedad organizada, sea sobre todo por la constitución jerárquica de la Iglesia... El espíritu de independencia transforma el diálogo en impugnación».

Del recordatorio de estos temas se desprende la misma conclusión a que lleva la lectura de «Ecclesiam suam» y de las alocuciones semanales: desde hace cinco años, e incluso desde 1928, con el prefacio a la traducción italiana de «Tres reformadores», de Jacques Maritain, Pablo VI desarrolla las mismas ideas con las mismas fórmulas y las mismas imágenes. Sin duda, no oculta los inconvenientes de una elección y compensa la advertencia con la comprensión, pero sus palabras personales desmienten la reputación de ambigüedad y de incertidumbre que se le ha atribuido. Denotan la permanencia en las preocupaciones y en el vocabulario. Y ahí están, sin velos, todas las palabras que, desde hace varios meses, muchos católicos han encajado como arañazos. Ya habían sido pronunciadas antes, tanto las de apertura como las de firmeza.

Al tema concreto del Concilio y de su aplicación —uno de los puntos claves del actual proceso «por evolución»— Pablo VI le había reconocido «toda libertad de estudiar y de hablar», pero añadía que reservaba «a Nuestro oficio de



LA CRISIS DE LA IGLESIA

maestro y de pastor colocado al frente de la Iglesia de Dios el momento y la manera de expresar Nuestro juicio, gozosos si podemos presentarlo en todo conforme con el de los padres conciliares».

¿Cómo ver ahí una cláusula de estilo, un equívoco? Pablo VI no quería hacer suyas de antemano las orientaciones y las conclusiones del Concilio. Se proponía señalar las modalidades de una «renovación» hecha dentro de la «obediencia».

Estos son algunos de los puntos de referencia esenciales para medir la «evolución» del Papa. Está claro que no permiten sostener la tesis de un Pablo IV transformado o incoherente en sus propósitos. En ese caso, ¿de dónde viene el malentendido, en el sentido más liberal, que enmascara sus palabras y sus actos?

El actual malestar proviene, al menos en parte, de que la personalidad de Pablo VI comienza a configurarse no a través de los hechos o de las palabras, que siempre la han enmarcado, sino por medio de la imaginación colectiva, propicia siempre a oponerle o a compararlo con sus predecesores. Cuando los «tradicionalistas» saludan el supuesto final de una fase de «relajación», cuya responsabilidad la atribuyen a Juan XXIII, se equivocan tanto como los «progresistas», que temen estar asistiendo a una resurrección de Pío XII.

Durante cinco años, en vez de ver en el «montinismo» lo que confesaba ser, se le ha venido interpretando como el resultado de un supuesto combate que ocurría, en el fuero interno de Pablo VI, entre un «paccelismo» y un «roncallismo» a su vez bastante legendarios. Cada una de estas dos nociones, más afectivas que doctrinales, ha servido de metro-patrón para definir el «montinismo».

Por otra parte, Pablo VI ha desconcertado a sus visitantes al no disimular los lazos dialécticos de las dos grandes líneas de desarrollo de su pensamiento, el difícil equilibrio que quiere guardar entre ellas. Una abre la Iglesia al mundo, aplica su voluntad de presencia y de diálogo. Pero el deseo de comunicación, que obsesiona al pastor, se alimenta del razonamiento del responsable de una sociedad, consciente de que dudar de su propia fuerza y modificar sus estructuras equivale a debilitar su poder de convicción. Así pues, el segundo eje del pensamiento de Pablo VI es el reforzamiento de la cohesión de la Iglesia, de su lógica interna, de su pro-

pia conciencia. En el diálogo con el mundo debe presentarse tal como es y no tal como su interlocutor desearía que fuese.

Dar nuevas expresiones al mensaje equivaldría a exponerse a responder a la incertidumbre con incertidumbre. Hay que depurar los signos, los ritos, las palabras, simplificarlos para extraer de ellos su sentido original, pero no adaptarlos a la subjetividad contemporánea. La fuerza procede de la tradición, pero el movimiento resulta de la misión.

Los primeros años del pontificado de Pablo VI han estado consagrados a explicar la necesidad de este equilibrio y de esta tensión a un pueblo cristiano que deseaba una doctrina simplificadora y que lo lanzasen a la misión, a raíz de Juan XXIII, o que lo consolidasen en la tradición, a los pies de la estatua de Pío XII.

Cada uno de los miembros de este pueblo puede aportar su juicio de valor sobre el hecho de que Pablo VI no parece haber sido comprendido plenamente. Pero este mismo pueblo, colectivamente, tendría derecho a preguntarse si lo han oído y comprendido a él. Porque este pontificado, que en principio concede tanta atención a las «comunicaciones sociales», debe contar en realidad con las más graves dificultades de comunicación. Las palabras clave del «diálogo» interno de la Iglesia no poseen ya un sentido homogéneo. Las palabras se convierten en prismas acumulados, empezando por las del Papa.

UNA CONTESTACION INESPERADA

Hace casi ya tres años amainaron las grandes mareas de las asambleas conciliares y de nuevo quedaron limpios los paisajes de piedra, donde, desde hace siglos, los hombres de la Iglesia han dejado el rastro de su vida cotidiana. Han desaparecido los enjambres de obispos, las centurias de expertos, los comandos de periodistas. La vendedora de periódicos de la plaza de San Pedro ha vuelto a saborear la paz de los mediodías sin clientes. El guardacoche, que hasta 1914 fue reputado bailarín en un «music-hall» de Ruan, ha vuelto a hacerse pasar por italiano. El sacerdote contestatario que, desde mucho tiempo atrás, se apoyaba sobre la esquina de la librería al tiempo que dirigía su mirada hacia las ventanas del Papa, decidió marcharse también.

La serenidad de las líneas del decorado, su permanencia, contribuyen a la tranquilidad: la Iglesia está allí, en su sitio

—inmutable—, con las palabras de la vida eterna, por encima de la presunta tumba de Pedro. Pero estos palacios son también ministerios, estos sacerdotes son también funcionarios, estas murallas son también diques y bastiones. La Vía de la Conciliación se abre como un «no man's land». Más allá está el mundo.

Durante el otoño de 1967 vino a estrellarse con la última marea que agitó a Roma. Más de tres mil laicos se volvieron a encontrar en el Congreso para decirse lo que pensaban del «hombre de hoy» y de su sitio en la Iglesia. Escogidos por sus obispos entre los responsables de Acción Católica, estos hijos fieles iban a reconocer y aprobar las renovaciones del Concilio.

Por lo menos, eso era lo que se esperaba. Sin embargo, estos notables se lanzaron en seguida por las vías del desacuerdo. A los complacientes clérigos que, con nuevas maneras y llenos de buena voluntad, reafirmaban su paternidad, les replicaban con una proclamación de fraternidad; querían que los edictos de la autoridad fueran sustituidos por una búsqueda común de la verdad.

Pedían que estallaran los «movimientos especializados» de los que ellos procedían y reivindicaban la multiplicación de los pequeños grupos de reflexión y de experimentación, más conformes a las realidades de la vida social y a las esencias culturales. El viejo concepto de obediencia se derrumbaba ante el descubrimiento de la responsabilidad total, de la igualdad de los seres en cada célula social.

En pleno corazón romano, en el polo de Occidente, estos laicos proponían la «desromanización» de la Iglesia, su «desoccidentalización». Su fe y su esperanza no se ponían en tela de juicio sustancialmente, pero afirmaban que las imágenes y las palabras que hasta entonces las habían expresado correspondían solamente a un sector cerrado del universo, que la transmisión del mensaje evangélico debía apoyarse sobre otras bases, sobre otras formas de cultura. Pues siendo coherentes la fe y la vida, todo muro que protegiera al uno contra la otra, la Iglesia contra el mundo, el clérigo contra el laico, debía ser derribado sin dilación.

El choque de tal contestación fue sofocado allí mismo, más por reflejo que por decisión deliberada de una sociedad eclesial que no estaba preparada para concebirlo. Tendió a no ver en ella más que el síntoma moderno de un viejo mal muy conocido, la irri-

tación epidérmica anti-romana. Y al ser incapaces de entrar en los debates internos del Congreso, los miembros de la sociedad eclesial desconocieron que los propósitos de estos notables laicos equivalían a decir: «Si Roma no nos escucha, iremos adelante sin Roma».

DOS MUNDOS, DOS LENGUAS

Desde principios de siglo, el rechazo de las estructuras, del orden de la Iglesia, se deriva de una puesta en tela de juicio del supuesto de la fe. Loisy y Buonaiuti proporcionaron a esta iniciativa referencias conocidas. El «caso» de la Acción francesa tenía otro sentido: el rechazo de una disciplina sobre un punto preciso. En los dos casos el remedio era simple: la excomunión respondía a la desobediencia.

El Congreso para el apostolado de los laicos traducía otras muchas tensiones y de otra amplitud: planteaba la primacía de los actos y de los



compromisos, expresaba la convicción de que su eficacia estaba en función del ahorro de palabras y de teología. En nombre de la caridad, recusaban las formulaciones dogmáticas, y la sed de solidaridad, de aniquilación en la comunidad, parecía reducir a la nada la «antigua» motivación de la fe como búsqueda de una relación personal con Dios. La espontaneidad de las formas de la profesión de fe se convertía al mismo tiempo en garante privilegiado de su autenticidad.

Se pudo entonces calibrar hasta qué punto quedaron impresionados estos sacerdotes formados en otros estilos de piedad individual, sometidos a reglas estrictas que conserva-



Enjambres de obispos, centenares de expertos, comandos de periodistas inundaron las piedras seculares del Vaticano durante el Concilio. La última marea que inundó Roma fue en el 67, cuando tres mil laicos se congregaron allí para plantearse el problema del «hombre de hoy» y su puesto en la Iglesia. Han remitido las grandes mareas de las asambleas y de nuevo ha quedado limpio el paisaje de piedra de San Pedro de Roma, pero aquí y allá, en cualquier punto del mundo, se viven desgarradoramente las consecuencias del fecundo Vaticano II.

ban en los peores momentos y que exaltaban en otros tiempos. Cada uno de ellos en particular tomó entonces conciencia directa de la irreductible oposición de las formas: el sentimiento religioso, la sensibilidad y todo el aparato de los verbos y los ritos que los expresan constituyen indudablemente, más que el fundamento mismo de la doctrina, el verdadero campo de batalla de las oposiciones radicales.

El defecto más grave —y algunos dicen: «pecado»— de estos laicos se expresaba por muchos de estos sacerdotes con el término «inquietud». Ellos mismos se estorbaban en imitar el abandono de Juan XXIII, hombre de obediencia, que «estaba imbuido por el amor a las reglas, el enfrentamiento a la legislación eclesiástica y humana».

UNA ADMINISTRACION ABRUMADORA

Heridos como sacerdotes, parecían también desconcertados como hombres. Pues no existe motivo para que la pasta humana del Vaticano «fermente» mejor que la de otras administraciones temporales. Sobrecargados frecuentemente de trabajo, poseídos en ocasiones incluso del mito de la omnipotencia sacerdotal, ligados por viejas amistades, corroborados por algunos de detentar una delegación parcial de infalibilidad, todos estos funcionarios de la Iglesia no disponen necesariamente de la alegría intelectual ni la curio-

sidad de «poner al día» su cultura para entender el alcance de los sistemas de pensamiento que se les enfrentan.

Conscientes de su papel de oligarcas, tienen del secreto de su oficio una noción que preserva al juez más que al justiciable. Esta noción les prohíbe comprender el papel y la naturaleza de la información, donde sólo ven al intermediario de las «malevolencias» dirigidas contra ellos, lo cual no impide que a la larga se muestren sensibles a la incesante ofensiva de algunos órganos de prensa romanos, libertinos o mundanos. Se han instituido en defensores de la curia eterna. Las calumnias, las difamaciones están a la orden del día. Los autores muestran la calidad de su fe por la violencia de su lenguaje, y su santidad por su cólera. En el momento más oportuno, publican documentos extraídos de muy buena fuente y restauran o confirman el crédito que de hecho disfrutaban en parte de esta sociedad eclesiástica.

Este acoso de la prensa, complementado por hojas confidenciales publicadas en el extranjero, completa o confirma los informes de los laicos ilustrados que invocan el Derecho Canónico para cubrir la delación. ¿Qué envían a Roma, sino sus quejas? Juegan el papel del hijo bueno; los pródigos son los que actúan, esperan y apenas si mandan alguna información a Roma por falta de tiempo y por temor a la incompreensión. En cuanto a

los obispos, los más ardientes partidarios de la internacionalización de la curia —problema, por otra parte, mal planteado—, son los últimos en enviar a la Santa Sede a los mejores de sus colaboradores en servicio permanente, los que por su experiencia y formación podrían despertar el sentido de la relatividad en un cuadro que tienden a ennegrecer el clima de temor y una información más atenta que atiende más a los síntomas de la catástrofe que a los de la renovación. Por su edad, por su cultura, por su alejamiento del Concilio y del sínodo, los representantes de la Santa Sede en el exterior no parecen inclinados a juzgar con simpatía las evoluciones de las que deberían ser testigos.

CONJUNCION DE EXTREMOS

Las estructuras del «diálogo» con el mundo existen en los tres secretariados dispuestos por Pablo VI. Una serie de personalidades ocupan puestos clave, pero la antigua sociedad preconiliar ha sabido asimilarlos y utilizarlos como pretexto de sus buenas intenciones.

Tal acontecimiento ha sido efectivamente acogido como justificación por aquellos hombres de la Iglesia que siempre habían denunciado los efectos de un Concilio demasiado pastoral. Los defensores de un orden represivo, a los que ni siquiera sus títulos oficiales habían servido para salvarlos del relegamiento, durante el

Concilio, han recuperado su influencia. Las columnas del «Osservatore Romano» sólo comentan, de las palabras del Papa, las que denotan ansiedad. Y más que nunca, aunque desprovistos de mandato, contaminan a sus visitantes transmitiéndoles «pensamientos del Papa». Otros, que habían predicado la prudencia en la evolución, se resisten al temor pánico así como a la confianza —¿sobrenatural o cínica?— de algunos «viejos romanos». Son los reformadores de los años 30. El Concilio ha transformado ordenadamente el movimiento que ellos iniciaron. Castigados y luego rehabilitados, se ven superados por el actual impulso, al tiempo que sienten cómo se van de las manos. Don Montini les amaba y los animaba. Pablo VI les consulta con frecuencia.

Así se formó la conjunción de los jueces de antaño. Siguen siendo casi todos consultores del Santo Oficio y de sus víctimas. «Ya lo dijimos nosotros», afirman los primeros, y los segundos: «No era eso lo que nosotros queríamos».

Pero, ¿qué es «eso» exactamente? Lo que está en el fondo del hombre, como dicen los psicoanalistas, o la «guerra cruel» de la que habla Racine. «Eso» es un desgarramiento, una incesante dialéctica de la que Pablo VI es comentarista. Y la víctima, como cada católico. ■ J. N.

(© 1969 by Opera Mundus "Le Monde". Derechos reservados para España: Agencia Fiel-TRIUNFO.)